

desconocida en la corte, la condesa M... esposa de un diplomático extranjero agregado á una de las embajadas de Berlín. No se la veía en palacio más que en los días de gran recepción, pero hacía frecuentes apariciones en la Ópera, donde exhibía elegantes trajes que hacían resaltar aún más su hermosura realmente extraordinaria.

Hacia cuatro años que era objeto de toda clase de atenciones de parte del emperador, cuando el marido fué bruscamente relevado por su gobierno.

El más sorprendido de tan repentino traslado fué el emperador, que había roto definitivamente con la excondesa de Wedel y empezaba á desligarse de la condesa de H...

¡Guillermo no pudo reprimir las manifestaciones de su cólera al ver que alejaban de él á la bella extranjera! Recibió la noticia en Potsdam. Inmediatamente fué á Berlín y se avistó con el embajador, jefe directo del joven diplomático, para pedirle explicaciones.

El embajador le dijo que sentía mucho no poder complacerle, pues aparte de la simple noticia del traslado, no había recibido comunicación alguna de su gobierno.

Sin embargo, en Berlín corrió en seguida la voz de que aquel relevo era obra secreta de la emperatriz. En efecto, Augusta Victoria había tardado cuatro años en tomar una resolución, pero la había tomado al fin. Acudió en queja á una soberana amiga que le prometió librarla de aquella supuesta rival, y no tardó en cumplir su promesa.



CAPÍTULO IX

El escándalo de los anónimos. — En Grunewald. — Escapada en trineo. — La primera carta anónima. — Campaña de difamación. — Continúa el escándalo. — El demonio de la perversidad.

Cedamos un momento la palabra á la condesa de Eppingoven, que dice en sus curiosísimas Memorias:

«El escándalo de las cartas anónimas empezó en noviembre de 1892, pocos días después de la cacería de San Huberto verificada el 3 en Grunewald. Yo había tenido el honor de figurar entre los convidados á esta diversión. Mi augusta señora, que acababa de dar á luz á la princesa Luisa Victoria y no podía entonces montar á caballo, no asistió á la cacería. Á mi regreso, me interrogó largamente sobre lo que había pasado, y lo que le conté causóle gran placer.

»La condesa de Z... había montado á caballo, no á la manera masculina como otras veces, sino á la femenina, retirándose con las otras damas á Potsdam, inmediatamente después de acorralado el ciervo. En la comida de caza había habido doscientos veinticinco con-

vidados. En cambio éstos fueron contadísimos en una reunión que se celebró dos semanas más tarde en Grunewald; total unos veinte hombres y cinco ó seis mujeres. Entre aquellos figuraban el duque de Schleswig, el príncipe Jorge Badzwill, los dos Eulenburg (Felipe y Augusto), los generales von Hahnke, von Schol y von Plessen, el ayudante de campo von Huelsen, el maestro de ceremonias von Kotze y el baron Schhrater. La señora de von Schol hacía los honores de la fiesta. Á su lado se encontraban la condesa y unas extrajeras, amigas del duque Gunther (1), con las cuales nunca había tenido ocasión de encontrarme.

»Todo el mundo hizo lo posible para que la reunión resultase animada y divertida. Sin embargo, el emperador, á pasar de los esfuerzos de sus amigos, no parecía tomar parte en la alegría general. Pensativo, como preocupado, se estuvo toda la velada sentado junto á la condesa, que vestía un hermoso traje de terciopelo encarnado. Ésta, que se había quitado los guantes, apoyaba uno de sus hermosos brazos en el sillón del emperador, que se lo acariciaba con la mano.

»Momentos antes de la media noche, von Kotze propuso que fuéramos todos al ala del castillo, llamada de Joachim, donde se dice que la marquesa de este nombre hizo emparedar á una de sus rivales en la escalera que conducía al cuarto de su marido, situado en el primer piso. La leyenda añade que aún se oye llorar á la infeliz en el fondo de su cárcel de piedra.

»Afectando una fuerte emoción, fuimos todos al sitio de siniestra memoria.

(1) Hermano de la emperatriz.



GUILLERMO II EN TRAJE DE CAZADOR

»Al volver al salón, observamos que el emperador y la condesa habían desaparecido. En las noches de invierno, cuando el suelo se halla cubierto de nieve, el kaiser tiene siempre á la puerta un trineo enganchado que le espera y cuyos caballos deben relevarse cada dos horas. Aquella noche, después que todos hubimos salido del salón, Su Majestad y la condesa saltaron al trineo, y, precedidos de jinetes con antorchas, marcharon rápidamente á Potsdam. La condesa guiaba.

»El mayordomo mayor, Enlenburg, responsable de la persona del emperador, hizo seguir á los fugitivos por otro trineo, al cual se había enganchado á toda prisa el tronco de caballos más ligero de las caballerizas imperiales.

»Este segundo trineo fué confiado á un cochero y á un lacayo que recibieron la orden de seguir de cerca al emperador, sin dejarse ver.

»Al enterarnos de estas medidas de precaución, y sobre todo, de que era la condesa la que guiaba, nos tranquilizamos. Todos sabíamos que el emperador es muy mal cochero.

»Los dos hombres enviados en seguimiento del trineo imperial volvieron á las cinco de la mañana, anunciando que Su Majestad estaba sano y salvo.

»No nos fué posible saber más, pues lacayo y cochero fueron enviados inmediatamente á otro punto del país. Esto acontecía el 17 de noviembre de 1892.

»Al día siguiente, cuando el ayuda de cámara trajo el correo de la emperatriz, noté, entre las cartas, un sobre sin iniciales y sin ninguna clase de sello. Aquella carta me extrañó, por cuanto el barón de Mirbach sólo suele hacer entregar á la soberana las cartas de

su familia ó las procedentes de amigos personales.

»Las demás—que generalmente son peticiones—las manda abrir él. Mirando el sobre más de cerca noté que la letra de la dirección imitaba los caracteres de imprenta. Después de haber puesto el correo en una bandeja de plata, mandé al criado lo llevase á Su Majestad, que se encontraba en la Biblioteca, sentada en su bufete. Yo seguí al ayuda de cámara y me acerqué á la emperatriz. Sus ojos se fijaron desde luego en aquel sobre extraño. Preguntóme qué carta era aquella y le contesté que no lo sabía. Cogió el pliego, rompió el sobre con precipitación, y de él cayó al suelo una imagen representando una escena de tal obscenidad que es imposible describirla. Me limitaré á decir que pasaba en el Palacio de cristal de San Petersburgo (1), entre una mujer y un hombre con abrigos de pieles. Estos personajes eran el kaiser y la bella fugitiva de la noche anterior.

»Su Majestad examinó la abominable imagen con verdadero espanto. Traté de quitársela.

—No, dijo ella; dejadme echar al fuego.

»Levantóse, salió á la antesala y ordenó al ayudante de cámara:

—No estoy visible para nadie. Vayan inmediatamente en busca de la condesa de Brockdorff (2); necesito verla en seguida. Avisen á los príncipes que no vengan á verme antes de su paseo á caballo.

»Obligóme después á sentarme á su lado en el canapé y me dijo:

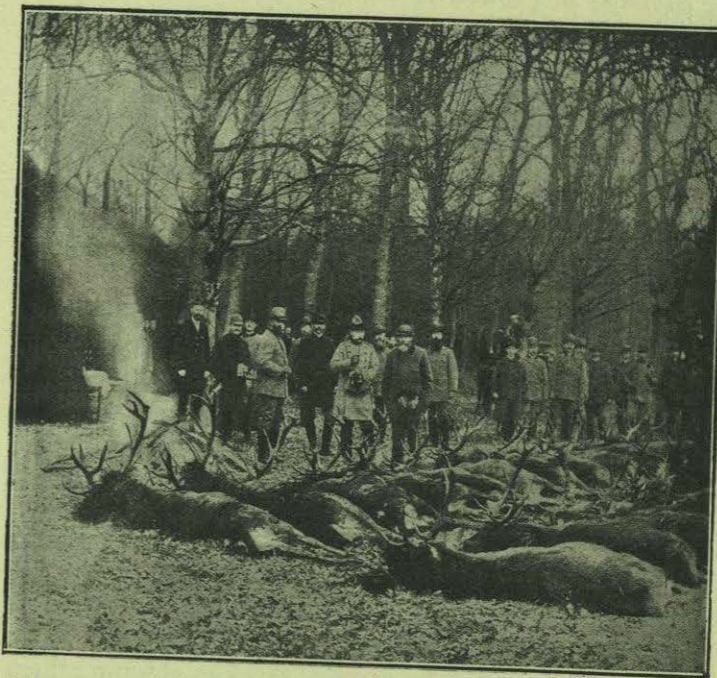
(1) Palacio en que la emperatriz Catalina obligaba á sus amantes despedidos á pasar la última noche con ella.

(2) Dama mayor de la emperatriz.

—Leedme esta carta.

»Empezaba así: «Loloki y Loloka (1), una noche de invierno...»

»Y refería, con todos sus pormenores, ciertos incidentes que se suponían ocurridos durante la fuga de Gru-



Escena de caza

newald en trineo, pero en un lenguaje tan escandaloso que, á las pocas líneas, me negué á continuar la lectura.

»En aquel momento entró la condesa de Brockdorff, que me sacó del apuro. En seguida le entregué la carta, y Su Excelencia, que no sabía de qué se trataba, quedó estupefacta á las primeras palabras de la extraña misiva.

(1) Divinidades escandinavas.

—Dispensad, señora,—murmuró:

—No tenéis nada de que excusaros—replicó Su Majestad.—Leedme esa carta; quiero enterarme de todo su contenido.

»Teresa Brockdorff vió que era inútil resistir y obedeció.

»La lectura de aquella primera carta anónima fué una dolorosa prueba. Supongo que jamás fueron pronunciadas, por labios femeninos, palabras tan licenciosas.

»La odiosa lectura fué interrumpida por la súbita llegada del emperador, que entró, pálido como un difunto, con una carta en la mano, de sobre idéntico al de la recibida por la emperatriz.

»La condesa y yo nos levantamos para retirarnos. Pero el kaiser ordenó que nos quedásemos, y arrojó la carta sobre la mesa.

—¡Como la mía!—exclamó la emperatriz al verla.»

El lector puede imaginarse las explicaciones que siguieron. Guillermo II juró vengarse. Lo cual no impidió que, durante año y medio, millares de cartas del mismo género afluyeran á manos de todas las personas de Berlín y de Potsdam relacionadas con la corte ó pertenecientes á la alta servidumbre de palacio. Nadie se libró de ellas. Todas llegaban por el correo ordinario, marcadas con el timbre de una ú otra de las estafetas de la capital. Se las reconocía á primera vista por su carácter especial de letra. El cartero, el criado ó la camarera por cuyas manos pasaban tales misivas, sabían á qué atenerse respecto á su naturaleza.

Á lo mejor, la señorita L... se enteraba de que su novio era hombre de vicios infames. Otro día se con-

taba en términos odiosos á un inocente niño la aventura escandalosa de su abuela, la princesa X... En otra ocasión se revelaba á una de las hijas de un alto funcionario al servicio de Su Majestad, que por su padre era austriaca y no prusiana. Ya en la famosa fecha de 17 de noviembre, la generala Schol y la condesa de Gersdorf habían recibido, acompañada del mismo dibujo obsceno, una copia exacta de las dos cartas remitidas á Sus Majestades, y lo mismo les había pasado á los dos gentilhombres de servicio.

Las cartas dirigidas al emperador, á la emperatriz y á varias personas de su intimidad, revestían un verdadero carácter de persecución.

Á consecuencia de todo esto, la situación de la alta servidumbre de palacio y de cuantos pertenecían al círculo de relaciones particulares de los soberanos, llegó á ser muy delicada. Todos consideraban á los emperadores atacados, profundamente heridos, por una ó más personas de las que vivían bajo el mismo techo que ellos, ó al menos en alguno de sus palacios. Así es que nadie se atrevía á hablar.

Pero volvamos al 17 de noviembre, día verdaderamente notable en la crónica escandalosa de la corte de Prusia. El almuerzo imperial fué silencioso. Cada vez que alguno trataba de entablar conversación, sus palabras no tenían eco.

Á la hora del café, en la Tassen-Zimmer, se rompió el silencio. La emperatriz comparó su carta con las de sus damas de honor, y el emperador comparó la suya con la de sus gentilhombres de servicio. Las demás personas presentes discutían con animación tan increíble aventura.

De pronto abrióse la puerta y aparecieron los señores de Kotze, marido y mujer. El maestro de ceremonias, con su sonrisa estereotipada, se inclinó profundamente tres veces consecutivas ante Sus Majestades, ó mejor dicho detrás de ellas, porque en aquel momento le volvían las espaldas. Momentos después, el ayudante de campo general Scholl anunció al emperador la presencia de la señora Kotze.

—¡Ah!—exclamó Guillermo,—¿á qué feliz circunstancia debemos el gusto de veros?

Pero antes de que el interpelado hubiese podido contestar, entró un lacayo portador de una tarjeta que entregó al mayordomo.

Viendo los ojos del emperador fijos en él, Eulenburg, le remitió la tarjeta.

—Vedlo en seguida—dijo el kaiser.—Preguntadle á qué viene.

Salió Eulenburg, y Guillermo hizo pasar á los señores de Kotze con sus ayudantes de campo á su gabinete.

La tarjeta entregada al mayordomo en forma tan contraria á los usos de la corte, era de un familiar de Su Majestad que traía al conde de Eulenburg la carta anónima que había recibido por la mañana.

Cuando el kaiser y sus compañeros hubieron llegado al gabinete imperial, Kotze, que ignoraba los graves incidentes que agitaban á la corte, se dispuso á soltar un discursito que había preparado.

Pero el emperador le detuvo diciéndole:

—¡Vamos!, ¡pronto! ¿Sois también una de las víctimas?

El pobre Kotze, azorado, balbuceó, con los ojos que le salían de las órbitas:

—¡Soy una víctima!.., ¡una víctima!..

—Venga esa carta—añadió el kaiser, tendiendo la mano, con un gesto imperioso.

Kotze buscó entonces nerviosamente algo en su bolsillo, y dijo:

—Tiemblo de enseñar una cosa tan indecente y tan indigna de ser presentada á los ojos de Vuestra Majestad. Á fe que es demasiado horrible.

Á lo cual replicó Guillermo:

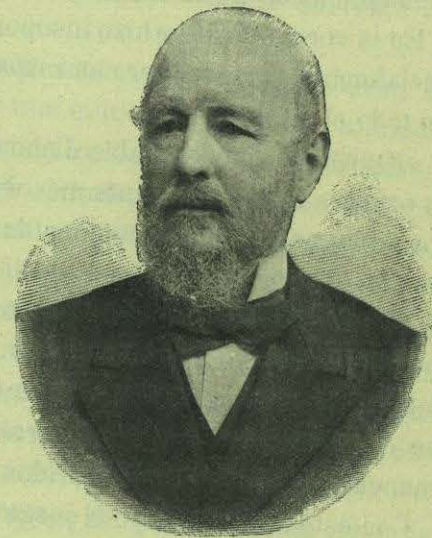
—Dádmela; os lo mando.

Kotze se decidió al fin á poner sobre el bufete la famosa carta. Era idéntica á las demás.

—El miserable habrá enviado una docena de esos infames libelos, sugirió el conde Botho.

Luego el emperador continuó:

—Señores debemos acudir á todos los medios posibles para descubrir al cobarde que nos insulta. Después de la comisión de un gran crimen, á Richthofen toca descubrir al culpable. Hacedme el favor de avistaros con vuestros amigos, á fin de saber cuáles de ellos han recibido anónimos, y me lo comunicaréis en seguida. Con vuestra ayuda, mal será que no descubramos al culpable.



El mayordomo Eulenburg

Las investigaciones empezaron sin demora. Practicáronse minuciosos registros en *clubs*, fondas y gabinetes. Se averiguó que los caballeros y las señoras que habían asistido á la reunión de Grunewald recibieron facsímiles de la famosa carta, de la cual se habían distribuído al menos treinta y cinco copias. Del autor de la maquinación no se descubrió la menor huella.

En la corte la vida se hizo insoportable. Nadie era especialmente acusado, pero se sospechaba más ó menos de todo el mundo.

«¿Quién es ella?» se había dicho desde la llegada de la primera carta. Y durante más de año y medio todos los anónimos parecían emanar de una mujer atacada de una especie de celos malsanos.

Mas de pronto cambiaron las cosas. La mano de un hombre sustituyó á la de la mujer. *La pluma* que asataba á otras mujeres emponzoñadas flechas cambióse en una pluma acerba y sarcástica que procuraba manchar el honor de los maridos y de sus consortes.

Con esto no disminuyó el juego criminal de la difamación. Las relaciones entre el emperador y la condesa de H*** fueron objeto preferente de la correspondencia. Una mañana, Guillermo encontró en su correo esta escuela:

«Loloki, tu coto es invadido por el barón de... ¡Qué situación! En tu discurso á los brandeburgueses, prometiste aplastar á los que te hicieran la oposición.—Y si se hace preciso, dijiste, tenientes de mi Guardia, os llamaré.—Ahora, es un oficial de tu Guardia quien caza en tu vedado. El *aplastador* en jefe herido por un *sub-aplastador*.»

Encontrándose en Abbazia, en abril de 1894, Gui-

llermo II recibió una carta anónima relativa también á la pobre condesa de H***, concebida en términos tales que revelaban en su autor el conocimiento de alguna de esas obras que contienen la nomenclatura de todos los vicios conocidos desde que Semíramis se enamoró de su caballo y César fué considerado como el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.

Entregáronse cuatrocientos anónimos al barón de Richthofen, es decir una quinta parte de los recibidos. Las personas que tenían los demás, no lo confesaban, porque muchos de ellos contenían, sobre sus familias, historias poco edificantes que preferían ocultar. Sabe Dios los que fueron á parar al fuego.

Los anónimos no concernían siempre á la persona á quien iban dirigidos, sino que muchas veces contaban pasiones, debilidades y desdichas ajenas. Toda la alta sociedad de Berlín estuvo en la picota, y como es aficionada á la chismografía, la campaña difamatoria encontró un admirable campo de acción. No es pues de extrañar que en 1894, en la recepción de Año Nuevo, la misma emperatriz viuda de Federico dijera á una persona de su intimidad que, «la mitad de la corte escribía cartas anónimas á la otra, y vice-versa.» Y la noble soberana añadió que por esta razón no quería vivir más en Berlín.

El número de misivas era demasiado considerable para que, ni aun con máquina, pudiera materialmente escribirlas una sola persona, y, sobre todo, los asuntos de que trataban eran demasiado variados y numerosos para que uno ó dos miserables hubiesen podido recogerlos.

Personalmente, la emperatriz fué maltratada por los difamadores, pues recibió comunicaciones injuriosas. Una de ellas la representaba en traje de Eva con un cura en traje de Adán. La carta explicativa de este inmundo dibujo desnaturalizaba ignominiosamente la amistad platónica que la soberana había puesto en el ambicioso pastor. Augusta Victoria enfermó á causa de este libelo; tuvo una fiebre violenta que le duró ocho días, hasta que el silencio del emperador le hubo probado que éste no había recibido copia del dibujo. Si no la recibió fué gracias al general Scholl, que interceptó la carta dirigida á Guillermo.

El general aconsejó luego á la emperatriz que alejase al pastor, el cual debió al anónimo su semidesgracia después de haber tenido gran influencia en la corte.

Las cartas y dibujos dirigidos á Su Majestad y á las personas de su intimidad eran entregados al barón de Richthofen.

Había un promotor fiscal encargado de recoger todas las informaciones útiles y revestido de iguales poderes que el prefecto de policía para el desempeño de su cargo. Bajo la dirección personal del emperador se puso también en campaña su *Pres-kosak* (agente de la prensa). De modo que, durante varios meses, los miembros de la familia real, el círculo íntimo de Sus Majestades, en una palabra, todas las personas relacionadas con la corte estuvieron á merced de aquellos tres inquisidores, que las sometían con frecuencia á molestos y odiosos interrogatorios. Esto fué causa de que gran número de familias principales desertaran de la corte.

El proceso incoado tenía por base el delito de lesa majestad; para designar á sus enemigos encubiertos

Guillermo II los llamaba «roja pandilla de miserables antipatriotas». Esta pandilla había osado llevar sus intrigas hasta las gradas del trono, y, según el kaiser, la sociedad en masa tenía que alzarse para descubrir y aniquilar á aquellos ocultos enemigos.

Pero los paladines á quienes apelaba el injuriado emperador estaban ocupados en defender su propio hogar, y para acudir á su llamamiento hubieran tenido que dejar á sus propias familias sin protección.

Mientras tanto, redoblábanse las intrigas entre los favoritos de Su Majestad, y los anónimos asestaban sus golpes con un acierto que desconcertaba á los más firmes de espíritu.

Uno de los reconocimientos más sensacionales del famoso triunvirato inquisitorial fué el practicado en casa de la condesa de H*** y en el cual el jefe de la policía de investigaciones pretendió haber descubierto el nombre del autor de los anónimos en una nota que esta amiga del kaiser tenía oculta en un armario secreto de su gabinete.

Un día, corrió de pronto la voz de que el misterioso autor de tan infames libelos era el maestro de ceremonias de la emperatriz Sr. de Kotze, que había pasado hasta entonces por el hombre más leal y más íntegro de la corte.

La acusación partió del círculo íntimo del emperador siendo uno de los brazos derechos de éste el primero que la propaló. Personalmente, Guillermo no retiró nunca su afecto al acusado. Cuando Augusta Victoria indicó á su esposo que quizá sería necesario prescindir de los servicios de Kotze, él la interrumpió diciendo:

—Me es imposible destituirlo. Precisamente acabo

de hacerle ingresar en el ejército. Ya sabéis que me gusta rodearme de militares. Está emparentado con toda la nobleza de Prusia. El escándalo sería enorme.

Sin embargo, cuatro semanas después cundió de pronto la noticia sensacional de que, habiendo recibido un informe de la policía en que se probaba la perfidia de Kotze, el emperador había mandado detener al culpable.

No tardó en saberse que el barón von Schrader, maestro de ceremonias del emperador, había denunciado su colega al consejo de investigaciones. Inmediatamente la opinión general se pronunció contra Kotze. La emperatriz declaróse enervada por aquel inesperado golpe, y el kaiser, creyendo haber salvado á la sociedad, adoptó una actitud heroica.

La señora de Kotze se echó á los pies del emperador implorando la gracia de su infeliz marido injustamente acusado.

Guillermo no depuso su actitud implacable y altiva. Aquel mismo día, Sus Majestades y numerosos dignatarios recibieron anónimos en que se les prodigaba mil injurias por haber ido á meter en la cárcel á un inocente incapaz de haber cometido un crimen que requería gran viveza de espíritu y una osadía diabólica.

El proceso contra Kotze se instruyó con diligencia. Herr von Schrader pretendió un día, delante de varias damas de palacio, que los anónimos habían hablado una docena de veces de cosas que sólo Kotze ó Sus Majestades y algunos altos funcionarios conocían.

—Si eso son pruebas,—murmuró la princesa Carlota que se hallaba presente,—no veo por qué Guillermo y mi amable cuñada no se prenden á sí mismos.

Y añadió, dirigiéndose al emperador:

—Si el conocimiento de un hecho puede ser motivo de incriminación, ¿por qué no se prende á todos los que lo supieron? Si Fulano de Tal habló á Kotze de una cosa de que luego se sirvió el anónimo, ¿por qué el culpable ha de ser Kotze y no el otro?

Á lo cual contestó el emperador en tono sarcástico:

—Vuestro Fulano de Tal no ha dejado huellas de su felonía, mientras que von Kotze lo ha hecho.

Y enseñó á los presentes dos hojas de papel secante encontradas sobre una de las mesas de escribir del Casino de la Nobleza, inmediatamente después que Kotze hubo dejado el puesto.

¡Mirad estas marcas,—exclamó en tono solemne;— en ellas reconoceréis la impresión de la palabra Loloki en esos caracteres latinos que tanto conocemos! ¿Qué piensa Vuestra Alteza Real de estas pruebas?

—Que, en efecto, es de importancia lo que decís— contestó la princesa Carlota.

Pero añadió en seguida:

¡Si está probado que Kotze se sirvió del papel secante!

El kaiser continuó:

—No sólo fué el último, sino el único que se sentó á aquella mesa en la mañana del descubrimiento. Además, se han encontrado otras hojas de papel secante, con las mismas marcas, en el gabinete de Kotze, en palacio.

Por unas hojas de papel secante y varias suposiciones, Kotze fué llevado ante un consejo de guerra. Pero las pruebas del papel secante fueron descartadas en seguida, pues el perito calígrafo del gobierno declaró

que las supuestas huellas habían sido fabricadas. Lo cual probaba que, para perder á Kotze, se había urdido una odiosa trama. Pero, en vez de abandonar la acusación, el consejo sólo abandonó las pruebas del papel secante, y se apoyó en simples presunciones para declarar á Kotze culpable.

Cuando la noticia de tan extraña sentencia llegó á la prisión militar de Linden-Strasse, donde el maestro de ceremonias había estado detenido, el guardián dijo meneando la cabeza:

—Hace un momento que Su Excelencia ha salido en un coche de palacio, acompañado de Su Alteza el príncipe heredero de Meiningen y del ministro de la Casa Real, Su Excelencia von Wedell Piesdorff. Su Majestad en persona había firmado la orden de ponerlo en libertad.

Aquella misma noche (esto acontecía el 5 de julio de 1893), en palacio, todo el mundo sabía que el emperador no sancionaba el fallo del consejo de guerra y proclamaba altamente que la prerrogativa más sagrada, para un rey, «era la de administrar justicia sin necesidad de jurisconsultos ni de jueces profesionales.»

El *Reichsanzeiger* publicó luego un decreto ordenando que el consejo del tercer cuerpo instruyese otro proceso. Los jueces designados debían proclamar el honor de Kotze absolutamente incólume. Al mismo tiempo, el cuerpo de lanceros hanoverianos, al cual pertenecía el barón Schrader, censuró á este personaje por haber acusado á un hermano de armas.

Á estos incidentes siguió una serie de duelos. Kotze hirió unas veces á sus adversarios y otras fué herido por ellos. El último de estos lances fué sensacional,

porque Schrader, el acusador, encontró en él la muerte.

El mismo día de este duelo mortal, la princesa Carlota de Meiningen, que no había cesado de mostrarse benévola con los Kotze, recibió á la maestra de ceremonias. Y como la emperatriz pareciese censurarla, le contestó:

—No hago más que cumplir con mi deber. Creo en la justicia, aunque no hable de ella, y practico la caridad cristiana, á pesar de no tener dinero para construir iglesias.

Viendo que la conversación tomaba un giro escabroso, el emperador dijo á fin de desviarla:

—Me recordáis *Madame Sans-Gêne*, la comedia de Sardou, en que las hermanas y cuñadas de Napoleón se querellan.

Á pesar del proceso Kotze, continuaron las investigaciones de la policía. Esta creyó un día descubrir que el duque Gunther, hermano de la emperatriz, era el autor ó uno de los autores de las cartas anónimas. Entonces Augusta Victoria intervino comprometiéndose á obligar á su hermano á emprender un remoto viaje, con la condición de que le entregasen las cartas, lo que hizo la policía después de haberlas fotografiado.

Al regreso del duque Gunther, reanudóse la explotación de los actos íntimos de Sus Majestades.

El emperador no era nada reservado, y hacía que sus amigos y ayudantes de campo le tuvieran al corriente de los chismes de la sociedad berlinesa. Además, tenía la costumbre de contar á su augusta consorte los escándalos de que había podido enterarse, con el adjuntamiento de sus apreciaciones personales, y le comunicaba generalmente sus proyectos y decisiones.

Por su parte, la emperatriz enteraba de todo á Gunther, y éste, en cambio, le refería las aventuras galantes de su esposo. De todo lo cual se dedujo que el depositario de los secretos de Sus Magestades debió aprovecharse de ellos para atacar á los rivales de su hermana.

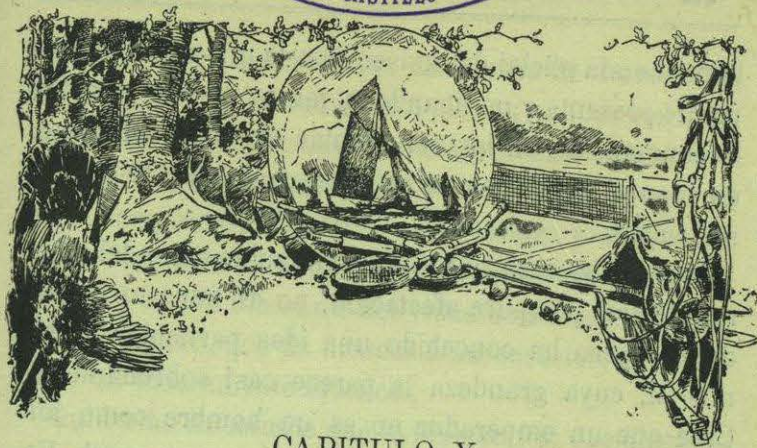
Es de suponer que el primer anónimo fué en el ánimo de Gunther, una especie de broma, buena para después de la fiesta de Grunewald.

Viendo que el golpe había sido certero, continuaría, imaginándose obrar en bien de su hermana. Surgieron entonces imitadores, cuyo número aumentó de día en día, y llegó el momento en que, según la citada frase de la emperatriz viuda de Federico, la mitad de la sociedad de Berlín escribía cartas anónimas á la otra mitad.

El emperador no quiso que el delito quedara impune. Una marquesa eutranjera, que había servido de secretaria al duque Gunther, salpimentando sin duda los anónimos, fué conducida á la frontera por dos agentes de la policía política, con orden de no volverse á presentar nunca en Berlín. Era mujer muy lista, amiga fiel de Gunther desde hacía dos años, y una de las personas que asistieron á la fiesta de Grunewald. Protestó enérgicamente contra su destierro, pero el gobierno no hizo caso de su protesta.

En cuanto al duque Gunther, se le notificó que, en lo sucesivo, únicamente se toleraría su presencia en Berlín y en Potsdam muy de tarde en tarde y sólo durante ocho días á lo sumo.

HACIENDA
DE LA GAVIA
CELAYA, GTO.
DAVID DEL CASTILLO NEGRETE



CAPITULO X

Guillermo II, emperador. - Su retrato físico y moral. - Su manía fotográfica. - Su coquetería. - Su *toilette*. - Sus frecuentes cambios de traje. - Varias anécdotas. - Guillermo, amigo de los artistas. - Su afición á los juegos de naipes. - Las barajas imperiales. - Autógrafos. - Objetos de escritorio. - Correspondencia. - Anécdota.

El 27 de enero último (1), Guillermo II ha cumplido cincuenta y un años. De facciones regulares, frente alta, aunque deprimida en la parte superior, ojos claros, de mirada viva, con una extraña mezcla de dureza y bondad; labios nerviosamente contraídos, que á menudo se despegan para dejar escapar una frase sarcástica ó una sonrisa amarga ó desdeñosa; pelo castaño con reflejos rubios que fueron dorados y hoy empieza á blanquear la ceniza de los años; de buena estatura, arrogante, con mucha altivez en su porte y cierta reserva misteriosa en su expresión, sabe cubrir sus facciones naturales con una máscara de dignidad suprema y adoptar las imperiosas actitudes que convienen á la pompa teatral de que rodea su vida pública.

Hasta la manera altiva de llevar el bigote cuadra con

(1) 1910.